CÉSAR GARCIA INIESTA

LA BIFA DEL MANTÓN

SAINETE DE COSTUMBRES MADRILEÑAS

en un acto y un cuadro, en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1918

LA RIFA DEL MANTÓN

LA RIFA DEL MANTÓN

SAINETE DE COSTUMBRES MADRILEÑAS

en un acto y un cuadro, en prosa

original de

CÉSAR GARCIA INIESTA

Estrenado en el TEATRO ODEÓN la noche del 11 de Abril de 1918



MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup

TELÉFONO, NÚMERO 551

1918

Al magnífico actor

Miguel Muñoz

con admiración para su arte de comediante, y

con gratitud para su nobilísima amistad,

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOROTEA	Irene Alba.
EDELMIRA	Carmen Muñoz.
LUISITA	Pura Mareca.
DOÑA VIRTUDES	María Santoncha.
CLARITA	Irene Caba.
ÚRSULA	Encarnación Díaz.
FABIANA (que no habla)	Irene Caba.
WENCESLAO	Alberto Romea.
ISABELO	Nicolás Perchicot.
PEPITO	Joaquín Roa.
GABRIEL	Ricardo Cuenca.
UN FAROLERO (que no habla)	Aniceto Alemán.

Por deferencia al autor, y que el autor agradece en cuanto aquella vale, de los papeles de «Fabiana» y «Un farolero», que no hablan, se encargaron respectivamente, la notable actriz Srta. Caba y el buen actor Sr. Alemán, dando asi importancia a los dos «tipos».

ACTO UNICO

CUADRO UNICO

A la derecha una frutería; con las banastas de la fruta puestas tentadoramente a la vista del transeunte. Sobre la puerta hay una muestra en la que se lee: «Frutería». Un brazo de una sola luz sobre la muestra. En segundo término del mismo lado, el portal de la casa. A la izquierda, fachada con reja en el primer término. En segundo término calle. Telón de calle. En el centro de la escena un farol y a poca distancia un banco de madera con asientos en los dos lados.

Estamos al comenzar la acción en la hora del atardecer del día 12 de junio del año que se quiera.

ESCENA PRIMERA

EDELMIRA y WENCESLAO

EDEL. — (Detrás de la reja.) Se porta usted muy mal con los parroquianos.

WEN. — Con los parroquianos, regularcillamente; pero con las parroquianas me voy del fiel.

EDEL. — ¡Qué galante!

WEN. — Doña Edelmira, ¿quiere usté hacerme un favor?

EDEL. — Si puedo...

WEN. — Sí puede usted.

EDEL. — Diga.

WEN. — Múdese a otra calle que no sea del barrio, ni aun del distrito.

EDEL. — ¿Tanto le molesta mi vecindad?

WEN. — ¡Doña Edelmira!... Yo soy ateo, por la gra-

cia de Dios; yo no piso una iglesia, porque yo, que soy hombre progresivo y avanzao, las tengo eliminás de la guía matritense, como medida la más salutífera pa la salud. Con esto se está dicho que yo no me confieso...

EDEL. ¿No le da vergüenza?

WEN. ¿Pa qué?... Pero es que ahora me voy a confesar.

EDEL. ¡Cómo estará de pecadillos el saco!

WEN. No es por ahí. De lo que yo tengo que confesarme tiene usted la culpa.

EDEL. ¡Santo Dios!

WEN. Y usté, tras d'esta reja, me va a oir, y me va a dar la absolutísima.

EDEL. ¿La absolución?

WEN. Usté m'ha entendido.

EDEL. (Con retintín.) ¿No tiene usted nada que hacer en la tienda?

WEN. Despachar con cajas destemplás al primer intruso que se acerque a las banastas y trate de abrir un paréntesis en nuestra interesante conversación. (Mira a la tienda.)

EDEL. ¡Cómo habla! (Aparte.)

WEN. Lo que yo tengo que decirla es que desde que se ha instalao su real persona en este piso bajo, todos los días se m'estropean las existencias en el establecimiento.

EDEL. ¿Será mal de ojo?

WEN. Y hasta mi propia existencia se deteriora visiblemente, y se me agrieta el alma y se me desconcha el cuerpo...

EDEL. Sí que lo veo difícil.

WEN. ¿Difícil?

EDEL. ¿Con las conchas que usted tiene?

WEN. Las liquidé en un saldo antes de conocerla.

EDEL. Vamos... ¿que resulto?...

WEN. (Sin dejarle terminar la frase.) De lo más rigurosamente canicular. Los Altos Hornos a su lao, son ventisqueros. ¿Estamos?

EDEL. (Riendo.) Sudando... ¡ja... ja!...

WEN. Y su calor me repudre hasta la fruta que tengo en la cueva... y...

EDEL. (Rápida.) ¿No hay exageración?

WEN. Ni tanto así... Y me tiene a mi persona como para que me pongan en un escaparate sobre una cazuela y con una hojita de lechuga en la boca...

EDEL. ¿En calidad de tostón?

WEN. (Con firmeza ridícula.) Que se la ofrece pa que se dé un banquete.

EDEL. («Parándole los piés.») ¿Y qué dice la señora Dorotea de todo esto?

WEN. ¿Mi mujer?

EDEL. Su señora.

WEN. Está en la apoteosis, es parte independiente del asunto en que usté y yo podemos figurar como protagonistas.

EDEL. Que traducido al castellano, quiere decir...

WEN. Respecto a mi mujer, que no vive en el barrio, y en cuanto a mí...

EDEL. (Cortándole la fogosidad.) Señor Wenceslao... soy viuda y usted es casado.

WEN. Tenemos esa desgracia.

EDEL. ¿Qué dice?

WEN. Digo que tenemos, porque sus desgracias las hago mías. Ya ve si soy filantrópico.

ESCENA II

DICHOS y DOROTEA

DOR. (Saliendo de la tienda; pero quedándose en la puerta.) ¡Wenceslao!... ¡Ah!... (Ya mosqueada.) Buenas, doña Edelmira.

EDEL. (Disimulando.) Estaba regañando con su marido.

WEN. (Secundando el disimulo.) Sin razón... Como siempre.

EDEL. Me pone muy caras las manzanas.

WEN. Y yo decía que en el Paraiso terrenal las daban baratas; pero aquellos eran otros tiempos.

EDEL. (Aparte.) ¡Qué trucha!

DOR. (Haciéndose la loca.) Cuando el género es bueno, no hay que mirarle el precio.

WEN. (Con marrajería.) ¿Se convence uste?

EDEL. Nada, nada, que son ustedes muy careros.

DOR. ¡No lo crea!

EDEL. Hasta luego.

DOR. (Como pudiera decir: ¡«Maldita sea tu estampa!») Hasta luego, doña Edelmira.

WEN. Y conste que yo nunca la engaño.

(Doña Edelmira se retira de la reja.)

ESCENA III

DOROTEA y WENCESLAO

WEN. (Haciéndose el infeliz.) La coba que tié que dar uno pa que entren cuatro perras gordas en el cajón.

DOR. (Siguiéndole la corriente.) Y que doña Edelmira es de las que por regatear, hasta hacen regates a su sombra.

WEN. Eso no es por regatear, es por presumir. Presume más que un guardia de paisano. Y a propósito de presumir, ¿no ha vuelto Isabelo?

DOR. ¿Le querías algo?

WEN. Es una pregunta ociosa.

DOR. (Aparte.) ¡Ya!...

WEN. Voy a dar un vistazo a la sucursal.

DOR. ¿A la tasca?

WEN. ¡Qué poco fina eres!...

DOR. Cómo se conoce que por memoria tiés un artefacto de segunda mano.

WEN. ¿Que tengo mala memoria?

DOR. Pues es claro... si lo de mi finura se te hizo visible desde el día de nuestro conocimiento.

WEN. Vamos, rica... no te incomodes. (Dándole un cariñoso golpe en un hombro.)

DOR. ¿Pero quién ha llamao?

WEN. Servidor...

(En este momento, Isabelo dobla la esquina de la derecha. Ve a Wenceslao y precipitadamente se mete en el portal.)

DOR. ¿Mi marido?... ¡No había reparao!

WEN. Vuelvo en seguida. Voy a dar mi opinión acerca de un pellejo que descargaron esta mañana.

DOR. Ese es tu flaco.

WEN. Un flaco de Valdepeñas. Te traeré la muestra.

DOR. ¿Piensas venir cargao?

WEN. (Recogiendo la alusión.) Externamente na más. ¡Ah! Si viene Isabelo le dices que le espero donde voy, que tengo pa él un negocio que le conviene.

DOR. Se le informará de tus deseos.

WEN. Que no se te olvide.

DOR. Digo... Si ahorita lo voy a apuntar en la pizarra.

(Mutis Wenceslao por el segundo término de la izquierda.)

ESCENA IV

DOROTEA e ISABELO

ISAB. (Sale del portal donde había entrado momentos antes, rehuyendo el ser visto por Wenceslao.) ¡Dorotea!... ¡Doro!...

DOR. ¡Ay, hijo!... Por poco si me asustas.

ISAB. Faltó poco; ¿pero faltó? Es lo principal.

DOR. ¿Cómo tan rápida aparición?

ISAB. Verás... Venía a verte, cuando, al doblar esa esquina, me sorprende la presencia del Wenceslao, y voy y ¡zás! me meto en el portal. Yo creí que no estaría él a estas horas.

DOR. Y no está.

ISAB. Pero estaba.

DOR. Si no hubiera loros en la vecindá...

ISAB. Pues cuidao con esos animalitos, que son más indiscretos...

DOR. Que los niños en visita, ya lo sé. Pero el loro, o cotorra, a que yo me refiero, tiene muy poco repertorio, y con ocuparse de sí misma tié bastante.

ISAB. ¿Quién es ella?

DOR. Doña Wladimira, o Edelmira...

ISAB. Oye, ¿me estás refiriendo un cuento para chicos? Eso no es un nombre propio.

DOR. ¿Que no?... Y que la interfecta vive en esa reja y le tiene a mi marido como pa meterle en una banasta con hielo. Ellos se creen que yo estoy *in albis*, hasta que un día se me hinchen las narices...

ISAB. (Con sorna.) ¡Que vas a estar muy fea con la hinchazón!

DOR. Y dé trabajo pa un mes a tóos los médicos de guardia.

ISAB. Al fin y al cabo, a ti ¿qué?

DOR. ¿A mí? Mucho... aunque no sea más que por mor de la dignidá, que una no deja de tener dignidá porque el corazón se desvíe de la recta involuntariamente.

ESCENA V

DICHOS, LUISITA, DOÑA VIRTUDES y PEPITO

Entran Luisita, doña Virtudes y Pepito y se dirigen al banco

PEP. ¡Corazoncito!
LUIS. Bueno... bueno has puesto este corazoncito...
PEP. ¿Bueno?
LUIS. Bueno... ¡Ay! (Suspirando.)
VIRT. ¿Les parece que nos sentemos un ratito?
PEP. / LUIS. Bueno...
(Se sientan Pepito y Luisita de frente al público y doña Virtudes de espaldas, al lado opuesto.)
VIRT. Pepito... ¿Ha traído usted el periódico?
PEP. Sí, señora. Tome... *La Corres* de las dos.
VIRT. Ja... ja... ja.. Tiene gracia... Claro; es de los dos, usted la compra y yo la leo.
PEP. Ja... ja... ja .. Tiene gracia...
VIRT. Sí, ¿verdad?
PEP. Sí; porque yo había dicho que es *La Corres* de las dos, de las dos de la tarde, vamos.
LUIS. (A doña Virtudes.) ¿Y tú habías entendido que era..
LOS TRES Ja... ja... ja... Tiene gracia.
ISAB. (Volviendo la cabeza al ruido de las carcajadas.) Película en acción *La alondra y el milano.*
DOR. Tienen abonao el banquito pa la sección del anochecer.
PEP. De modo que ¿tú quieres un canario flauta?
LUIS. Siii...
PEP. Mañana voy a la plaza de Santa Ana y, no un flauta, la Filarmónica enterita soy capaz de llevarte a casa.
LUI. ¡Qué gracioso eres!
PEP. Los amigos dicen que soy muy chistoso. Anda, si hasta quieren que escriba para el teatro...
LUI. Eso no... no y no; que se van a enamorar de ti todas las tiples.
ISAB. Ná; que lo del mantón resultó conforme me lo había yo planeao. Que voy y le digo a Wenceslao: ¿quié usté contribuir a una obra benéfica?... Y va y me dice: Sí. Y voy yo y le digo: Pues se le presenta la ocasión. Item más; si tié usté suerte, pué hacer a su seño-

ra un regalo que le pué servir pa retratarla, y con el retrato, hacer una ampliación pa adornar la sala de su domicilio conyugal... ¡Ele! Me replica él. Ese es un pograma como pa tirarle a dos tintas y en raso amarillo, que es el color predilecto de mi señora.

DOR. ¡Embustero!

ISAB. ¿Yo?

DOR. Él.

ISAB. ¿C'hay c'hacer?... Me pregunta muy ufano... Comprar una papeleta pa la rifa de un suculento pañolón de Manila, del que se deshace una distinguida cocote c'ha venido a menos por causa de habérsele embarcao pa el extranjero el agregado diplomático que le suministraba el flúído necesario pa la vitalidad.

DOR. ¿Y entonces, Wenceslao?...

ISAB. Echó mano al bolsillo y se quedó con tóo el papel que a mí me se había ocurrido preparar pa la realización del truco.

DOR. Y él sin decirme una palabra del suceso.

ISAB. Te querrá dar la alegría por sorpresa. Yo voy a buscarle ahora y a decirle que le ha tocao el mantón y que dentro del plazo de un milímetro de segundo le voy a posesionar de la prenda.

DOR. ¡Con las ganas que yo tenía de un mantón de Manila!

ISAB. Ya le vas a tener... mejor dicho, ya le tienes. (Contoneándose solemnemente.) Y soy yo quien te le regala; yo, que cumplo mi palabra...

(Un farolero cruza la escena por delante del banco. Da luz en el farol de la calle y sigue su carrera.)

DOR. Aguarda, voy a dar luz a la tienda. (Entra en la tienda y en seguida aparece encendida la luz que hay sobre la muestra de la tienda.)

ISAB. Dice:

«comenzó por una apuesta,
siguió por un devaneo;
egendró luego un deseo,
y hoy me abrasa el corazón.»

(Muy vanidoso.) ¡Fetén, que sí! Comencé el chirigoteo con la Dorotea y hoy me tié convertido en un juguete mecánico de a perra gorda. Ella quié dar achares al Wenceslao, yo me aprovecho gustoso de la ocasión, y, con todo esto, el porvenir se me ofrece com-

pletamente celeste. Porque en este asunto mi mujer se ilumina con un candil y el marido de la Dorotea con un mechero. Aquí no hay más luz verdá que la que yo suministro en forma de efecto pignorable, clase mantón de Manila, y los dos arcos voltáicos que la dueña de la frutería tié residenciaos a uno y otro lado de la vía nasal. Con lo expuesto queda dicho que la Dorotea y yo vamos directos a la mancomunidad cardiaca.

DOR. (Saliendo.) ¿Decías?

ISAB. Que voy a dar a tu marido la noticia de que le ha tocao el mantón por mí comprao pa el usufructo de tu cuerpo estatuario.

DOR. No te vayas a colar y descubra el juego.

ISAB. Descuida; que pa él subsistirá el truco de la rifa per «in eternum.»

PEP. (Molesto desde que han encendido el farol.) Yo creo que debíamos retirarnos de aquí..

LUI (Candorosamente) ¿Tienes miedo a los atracos?

PEP. ¿Yooo?... ¡Qué disparate!

LUI. ¡Como quieres que nos marchemos tan pronto...!

PEP. Es que el farolito... Iluminados mis ojos por el fulgor de los tuyos... Ese farolito me está haciendo cosquillas en la mirada.

LUI. ¡Tonto!

PEP. Mira .. mira cómo parpadeo... El farolito... el farolito.

LUI. Doña Virtudes, ¿la queda mucho en la «Corres»?

VIRT. Estoy en la plana de anuncios.

PEP. Hace relente... ¿La parece que nos marchemos?

VIRT. Como ustedes gusten.

LUI. ¡Aaay, Pepito! (Se levantan e inician el mutis por la derecha, o sea por el lado opuesto al de la entrada.)

PEP. (Andando.) Ya verás... ya verás qué flautita te llevo mañana a casa. (Mutis.)

ESCENA VI

DOROTEA e ISABELO

ISAB. Y ná más.

DOR. Ya es bastante.

ISAB. Hasta ahora «¡sursum corda» del abastecimiento frutero!

DOR. Anda, cobista.

ISAB. La impresión, que se me sube al paladar y se exterioriza rauda y veloz.

DOR. Tiés más conversación que un barbero.

ISAB. Y más alegría que un preso puesto en libertá.

DOR. (A quien ya la está molestando el hacer la comedia de achares contra su marido, porque Dorotea es y será siempre honrada.) Ya es bastante, Isabelo.

ISAB. No siento más sino que no sea conmigo con quien luzcas esta noche de la primera verbena el rico pañolón...

DOR. (Con amargura.) ¿Quién sabe lo que puede ocurrir esta noche? (Mutis por donde lo hizo antes Wenceslao.)

ESCENA VII

DOROTEA, sola

Isabelo camina muy deprisa y yo voy más ligera de la que me había propuesto. Las bromas comienzan a convertirse en un asunto serio... Y tóo por culpa d'ese arrastrao de mi marido, que va labrando en el terreno ajeno y deja el fruto del suyo en mitá del camino, sin preocuparse de que se lo puean robar. Y que el regalito del mantón complica las cosas. Isabelo, que me oye las ganas que tengo de uno, él que me lo ofrece, yo que lo rechazo disculpándome con mi marido, y mire usté por donde, lo que se le ha ido a ocurrir, presentarse a Wenceslao, fingir una rifa, y el mantón pa mí, y yo que le tengo que aceptar porque me lo regala mi marido... Esto va por muy mal camino, Dorotea; hay que poner final a la comedia de achares, que una ha nacío pa ser honrá y hay que serlo... (Queda en jarras.)

ESCENA VIII

DOROTEA y WENCESLAO

WEN. (Por el último término de la izquierda.) ¿Te estás preparando pa cantar una romanza?

DOR. Pero, ¿es que m'has tomao por la protago-

nista de algún sainete? Sí que estoy yo ahora...

WEN. ¿Cómo estás?

DOR. Tú dirás.

WEN. A mí me sigues pareciendo muy bien...

DOR. ¡So charrán! (Entra en la tienda.)

ESCENA IX

WENCESLAO, GABRIEL en seguida

WEN. Sí que está epigramática mi señora. Estoy olfateando que la tengo unas miajas disgustá por causa de... Pero, señor, ¿qué culpa tengo yo de que Dios me designase pa Sultán, y que por una equivocación, haya pegao el primer berrido en la calle de la Ruda? Bueno, pues no hay quien convenzá a mi señora de que la víctima soy yo... ¿Que me gustan todas?

GAB. (Viene por el último término de la izquierda.) ¿Hace el favor de decirme si es esta la frutería del señor Wenceslao?

WEN. Estás al habla con el propietario del establecimiento.

GAB. Aquí le traigo este mantón de Manila (Entregándosele.) que me dice mi amo el señor Isabelo que le ha tocao a usté en una rifa.

WEN. ¡Azúcar!... (Desenvolviéndole.) Y que es de abrigo... Toma unas perras por el viaje y di al señor Isabelo que está bien.

GAB. Que lo rompa usté con salú.

WEN. Oye, niño, que yo no gasto prendas femeninas.

GAB. ¡Allá cuidaos! (Mutis por donde entró.)

ESCENA X

WENCESLAO un momento; en seguida CLARITA y DOROTEA

WEN. (Mira el reloj.) ¡Arrea, Wenceslao, que con este mantón vas a dar el capotazo definitivo! (Sale corriendo por la derecha.)

CLAR. ¡Señor Wenceslao! ¿Dónde es el fuego?.... Camará, vaya una carrerita que lleva... (Acercándose a la frutería.) ¿Quién despacha?

DOR. ¿No está mi marido?

CLAR. Parece que le han puesto un sello de urgencia.

DOR. (Aparte.) ¿Adónde irá ese?... (Alto.) ¿Qué quieres?

CLAR. ¿A cómo van las guindas?

DOR. A veinte y a veinticinco...

CLAR. Póngame medio. (Dorotea la despacha.) ¿No va usté a la verbena, señora Dorotea?

DOR. Se acabaron pa mí las verbenas.

CLAR. ¿Tan pronto quiere usté pasarse a la reserva?

DOR. Cuando me han dao la licencia.

CLAR. (Muy chuloncita.) Puede...

DOR. Ya lo creo que «puede».

CLAR. Vamos, que eso es porque usté querrá.

DOR. Donde hay patrón dicen que no manda marinero.

CLAR. Si todos fuesen como el señor Wenceslao...

DOR. Ya lo creo.

CLAR. Bien bueno que es.

DOR. Como que pa manteca no sirve, porque se derrite solo. Ya ves tú si hay clase. Te digo que si todos fuesen como mi marido, aviás estaban todas las mujeres. (La entrega el cucurucho con las guindas.)

CLAR. ¿La doy?

DOR. Veinticinco; te las he puesto de las buenas.

CLAR. (Pagando.) Veinticinco... y no sea usté pesimista. (Mutis.)

DOR. Adiós, salada...

ESCENA XI

DOROTEA y en seguida ISABELO

DOR. Así es el condenao de mi marido; pa la gente, un santo, y pa mí... pa mí como el relámpago; con la misma rapidez me da su cariño... Esto no pué ser...

ISAB. (Viene por el segundo término de la izquierda.) Dorotea... ¿Ha venido ya?

DOR. ¿Wenceslao?

ISAB. ¿Está dentro?

DOR. Está en el extranjero.

ISAB. ¿No ha vuelto?

DOR. Estando tan lejos no ha tenido tiempo pa el regreso... ¿Le has visto tú?

ISAB. Estuve a buscarlo en la taberna. No estaba él allí. Me dijeron que había salido hacía un momento, y suponiendo yo que hubiese vuelto a su domicilio, me llegué al almacén, donde tenía en depósito temporal el mantón. A uno de mis peones le entregué la prenda y le di orden pa que se la trajese a Wenceslao si estaba presente, y en caso negativo le dije que la reintegrase al almacén.

DOR. (Por decir algo, porque está obsesionada por el trasto de su cónyuge.) ¿Y la ha reintegrao?

ISAB. Ese es el caso, que el muchacho ha vuelto sin el mantón y diciéndome que se le había entregao a Wences.

DOR. Sigo sin saber ni una palabra.

ISAB. ¿No sabes si lo ha recibido?

DOR. Sé que vino de la taberna, que cruzamos dos frases, que yo penetré en casa, que él se quedó aquí y que he tenido que salir a despachar a una parroquiana porque a mi marido se le veía en película.

(Wenceslao aparece por la derecha. Al ver a su mujer con Isabelo tose fuertemente.)

ESCENA XII

DICHOS y WENCESLAO

DOR. (Malhumorada.) ¿Es una señal?

WEN. (Muy flemático.) Pué ser bronquitis.

DOR. Vamos, es una gracia.

WEN. (Riendo socarronamente.) ¡Je... je... je!...

DOR. Ya sé lo que tienes... Moquillo...

WEN. (Repite la risa.) ¡Je... je... je!...

ISAB. (Aparte.) O este tío es un fresco, o es que viene dispuesto a ponerme la nariz con más dobleces que un barquito de papel.

DOR. ¿Se pué saber qué ocurría extramuros de tu casa, que no te dió antes tiempo ni pa dejar una postal despidiéndote? ¿Tanto te urgía el marcharte?

WEN. (Poniéndose en candoroso.) Es que... ¿sabes?... Un granujilla...

DOR. (Conteniendo difícilmente su ira.) ¿De quién hablas?

WEN. De un granujilla... Uno que ni tú, ni yo, teníamos el gusto de honrarnos con su conocimiento, y el cual granujilla, aprovechando una leve distracción mía, se acercó a las banastas, y... ná...

DOR. ¿El qué?... (Fingiendo que se traga el cuento.) Acaba.

WEN. Que echó mano a la fresa y salió arreando con un cestillo.

ISAB. (Aparte.) El que va a tener que salir arreando va a ser un servidor, porque el frutero se está empeñando en no darme papel en esta escena, y vamos, este aparte tan largo me está poniendo en un ridículo eminencia.

DOR. ¿Y le has quitao el cestillo?

WEN. Ha corrido más que yo.

DOR. (Dando a sus palabras toda la intención de la situación suya, asediada por Isabelo mientras su marido se distrae enamorando a los demás.) Podías haberme dao la voz de alarma. Mira que si por coger a un ladronzuelo arrean otros con el resto de la tienda...

ISAB. (Aparte.) Se acabó el aparte. (Alto.) ¿Hay un hueco para dos palabras?

WEN. Emocionao con el incidente, había omitido el saludo. Usté, que es hombre de mundo, lo dispensará, y perdonará le haya dado la espalda.

ISAB. Lo que hace falta es que usté se encuentre mejor de la tosecilla con que se insinuó a su llegada y que no tome a pecho lo del cestillo de fresa. Ya se sabe a dónde va un cestillo.

DOR. Si es de ley, se habrá vuelto a Aranjuez.

WEN. No había tren a esa hora.

DOR. (Aparte.) Los hay frescos.

WEN. Y dejando a un lado la discordia matrimonial, paso a comunicarle lo mucho que me alegro de haberle encontrao.

ISAB. Y yo suscribo esa alegría, que es en mí un regocijo de mayor cuantía.

DOR. (Aparte.) ¡Dios mío!... ¿Se habrá dao al fin cuenta el Wenceslao?.. Por un lao, me aterra el pensarlo, y por otro lao... ¡Dios mío, que se dé pronto cuenta de todo!

WEN. Perdona, Dorotea. Pasa un momento revista

al mobiliario de la casa, en tanto que el señor Isabelo y un servidor celebramos una breve conferencia. Son cosas de hombres.

ISAB. (Aparte.) A ver si me he enredao en los flecos del de Manila, y el manilo resulto yo.

(Dorotea entra en la tienda; pero a poco se asoma tímidamente, y una natural curiosidad la hace estar constantemente atendiendo la escena.)

WEN. (Solemnemente.) Señor Isabelo...

ISAB. Ese soy yo.

WEN. Por muchos años.

ISAB. Que sean para los dos de salud y felicidad.

WEN. Yo le tengo a usted por un perfecto caballero.

ISAB. Y soy su seguro servidor que le besa la mano.

WEN. Usté habrá tenío alguna vez una debilidá femenina...

ISAB. Mi mujer.

WEN. ¿Usté es casao?.., ¡Cuánto m'alegro!

ISAB. (Galleando un poco.) Y tóo esto, ¿a qué viene?

WEN. (Haciéndose el pequeñito.) Viene a que yo soy también casao.

ISAB. Lo sabía.

WEN. Y lo que no quieras para ti, no lo quieras para tu prójimo, que eso es una cosa muy fea.

ISAB. (Aparte.) ¿En qué acabará esto?

DOR. (Desde la puerta de la tienda.) ¿Cómo terminarán?

WEN. Desde hace un mes yo no vivo ni descanso. Es un caso de debilidá.

ISAB. (Amistoso.) Nútrase.

WEN. Hay una mujer, y no me refiero a la que me ha tocao en el reparto eclesiástico, que desde hace tiempo me trae de cabeza.

ISAB. (Sentencioso.) Cuídese el órgano en cuestión, que es importante.

WEN. Se estima el consejo. Cuando yo acepté las papeletas de la rifa, lo hice pensando en obsequiar a mi señora; cuando el mantón ha llegao a mis manos, mi situación de ánimo estaba en una curva sentimental.

ISAB. Sálgase de la curva y prosiga.

WEN. La mujer que tenía el interior de mi cabeza como un tiesto de enredaderas hacía unas horas que había deslizao en mis oídos

las siguientes palabras: «O me trae usté, para que luzca esta noche en la verbena, un mantón de Manila, o entre usté y yo va a haber la misma distancia que de aquí al Congo, que debe estar muy lejos.»

DOR. (Aparte.) ¿De qué hablarán?

ISAB. (Viéndose en ridícula situación.) ¿Una aventura?... ¿Y quién es esa mujer?

WEN. Una incógnita.

ISAB. (Creciéndose porque ve suplicante a Wenceslao e indignado porque supone que el mantón que a él le ha costado los cuartos ha servido para que Wenceslao haga una conquista.) ¡Acabe! ¿Qué ha hecho usté con el mantón?

WEN. Acabaré. Horas después llegaba el mantón de la rifa...

ISAB. ¿Y se le ha regalao usté a esa mujer?

WEN. (Contrastando su socarronería con la ira creciente de Isabelo.) Parecía como que el sino disponía que esa mujer y yo...

DOR. (Aparte.) Parece que discuten acalorados...

ISAB. El sino no disponía ná.

WEN. Usté ha sido pa mí la Providencia. Nunca olvidaré que mi mejor conquista...

ISAB. ¡Qué dirá su mujer cuando lo sepa!

WEN. Mi mujer nada dirá, por la sencilla razón de que lo ignora todo. Solamente usté y yo lo sabemos.

ISAB. Su mujer sí dirá..

WEN. Usté es un caballero, y es mi seguro servidor que besa mi mano, según me ofrecía hace un momento. Usté será discreto y salvará mi situación de marido.

DOR. (Aparte.) ¿Me acercaré?... ¿Qué hago?

ISAB. Lo que ha hecho usté es intolerable.

WEN. Ya le dije que era un caso de debilidá.

ISAB. Debilidades a mi cuenta, de ninguna manera. Debo decírselo a su mujer.

WEN. (Ya violento, cómicamente.) ¡Usté no lo dirá!

ISAB. Lo diré para su justo castigo. (Aparte.) Sí lo diré, así afianzo mi situación con Dorotea, aunque me cueste otro mantón. A Roma por todo. (Alto.) ¡Señora Dorotea!

WEN. (Cómicamente aterrado.) ¡Por Dios!

ISAB. (Pasa violento por delante de Wenceslao, se encara con él, diciéndole:) Se lo diré.

(Durante la ejecución de este juego han hecho su entrada en escena, por la derecha, Ursula y Fabiana,

que lucen soberbios mantones de Manila, siendo el que lleva la primera el mismo que vió el público en manos de Wenceslao, y que es el de la rifa. La entrada de estos dos personajes ha sido tan oportuna que han cortado el paso a Dorotea cuando ésta iba a acercarse al grupo que formaban Wenceslao e Isabelo. Isabelo no las ha visto entrar, es el único que no las ha visto, y las ve cuando, violento, y después de haber insistido, de frente a Wenceslao, que se lo va a contar todo a Dorotea, vuelve la espalda a Wenceslao y va a dirigirse a Dorotea.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS, URSULA y FABIANA

ISAB. (Aterrado al ver a Ursula, que es su mujer, y que lleva el manton de la disputa.) ¡Santo cielo!... ¡Es mi mujer la del mantón! (Cae de espaldas en brazos de Wenceslao, que le recibe con una comicidad grande.)

URS. (A Dorotea.) Señora, ¿sabe usté si ha venido por aquí mi marido? (Muy chulona.)

DOR. (Destemplada.) Ni le conozco ni me importa el conocerlo.

ISAB. (Con desfallecimiento.) Soy yo...

DOR. ¿Usté?

WEN. Está con un vahído, ¿no lo ves? Y además. padece monomanía matrimonial, que es más catastrófica que la persecutoria.

URS. ¡Pobre hombre, que lo lleven a una Casa de Socorro!

ISAB. (Intenta avanzar, amenazador, contra su mujer.) ¡Desgraciá! ¿A dónde vas con ese mantón?

WEN. (Le coge de un brazo y le hace girar rápidamente en redondo, quedando las figuras en el orden siguiente: Dorotea, Ursula, Fabiana, Wenceslao e Isabelo.) ¡Achagarla, no!

ISAB. Es mi mujer.

DOR. (Que no sale de su asombro.) Pero, ¿qué es esto?

ISAB. ¿Dónde vas, te pregunto?

URS. (Contoneándose canta.)
«¡A lucirme y a ver la verbena!»

WEN. (Idem.)
«Y a meterse en la cama después.»

DOR. (Resuelta.) ¡O me explicas el argumento de todo esto, o disuelvo la «suaré» a trastazos!

WEN. El argumento es...

ISAB. ¡No!... ¡No lo cuente usté!

URS. ¡Señora: el argumento es!...

WEN. Estoy en el cabal uso de la palabra. (A Ursula.) Usté perdone. (A Dorotea.) Tóo esto y nada son dos kilos de la misma cosa. ¿Ves al señor Isabelo con una cara mismamente de traidor de melodrama? No hagas caso. Es más infeliz que *El pobre Valbuena.*

ISAB. ¡Necesito una explicación!

DOR. ¡Y yo otra!

WEN. Allá va. Por bautizarme a mí en la parroquia de San Lorenzo, ya no hubo sal pa los demás neófitos de la susodicha feligresía, y yo, que encarecí la sal, y que por ojos tengo un microscopio, estaba percatao de las intenciones d'este parroquiano, y me dije: ¿Wenceslao, le dejas chato? No, que con la fetidez va a molestar al vecindario... Me hice el loco; me dió él el asunto de la rifa del mantón, y yo se lo planeé aquí a la cónyuge del señor Isabelo.

ISAB. (Respirando.) ¿Y na más?

URS. ¿Te parece poco?

WEN. (A Isabelo.) Pa mí la señora es intangible, como el aire, que sopla y pasa.

DOR. Y de tóo esto tiés tú la culpa. Si no abandonaras tanto tu casa...

WEN. Me limito a dar una vuelta a la manzana.

DOR. Luego, ¿me quieres? (Wenceslao pasa al lado de Dorotea Enfrente, Isabelo suplica a su mujer. Ella le rechaza, interponiéndose Fabiana.)

WEN. Yo tendré mi natural alegre; pero tú, eres tú...

ISAB. (A Ursula.) ¿Me perdonas?

WEN. Sí; tiene bastante con el ridículo. Perdónele.

Ten cuidao, si eres marido,
con la mujer que cortejas,
que si es casada te expones
a ser lo que mal te sepa;
y aquí termina el sainete,
conservad la moraleja.

TELON

JUICIOS DE LA CRITICA

De *La Mañana*

El carácter espontaneo y pintoresco del pueblo madrileño es fuente inagotable de gracia y donaire, y es, cuando la pluma hábil del comediógrafo marca los trazos justos y sobrios, como ocurre en esta ocasión, un constante motivo de observación de impulsos y sentimientos.

En *La rifa del mantón* encontramos un estudio de la humilde psicología plebeya con sus inocentes audacias y sus sorprendentes conceptos del amor, del honor y de la *mundología*. Y hallamos también un conocimiento perfecto de la preponderancia del género.

El Sr. García Iniesta, afortunado autor de *La rifa del mantón*, ha demostrado en anteriores obras aptitudes nada comunes para el cultivo del sainete, y hemos de alabar en su nueva comedia, además de otras virtudes, la de haberse limitado a pintar con un vigoroso pincel de impresionista, huyendo de frases achacadas injustamente al pueblo madrileño y concretando su labor a parrafrasear el carácter de aquél, que es, como decimos al principio, francamente jocoso y eutrapélico.

La rifa del mantón lleva dentro una idea ingeniosa, y está planeada con acierto y dialogada con soltura, con gracia y sobre todo, con una plausible propiedad.

El éxito fué franco y justo. El Sr. García Iniesta salió a escena muchas veces al finalizar el sainete, en unión de los intérpretes del mismo, que estuvieron todos muy oportunos, en especial la señora Alba y los Sres. Romea y Perchicot.—*Eduardo Haro*.

—

De *El Liberal*

Antes de esta obra se estrenó un bocetito de sainete madrileño, muy justo de color y de diálogo, original del Sr. García Iniesta.

Autor e intérpretes fueron ovacionados en distintas ocasiones.—*L. B.*

—

De *El Imparcial*

También se estrenó anoche en el mismo teatro, y con éxito estimable, otro sainete del distinguido periodista García Iniesta, que se titula *La rifa del manton.*

Hay en esta discreta obrita figuras y escenas de la vida madrileña muy bien vistas del natural y que se celebraron mucho.

Iniesta y sus intérpretes recogieron al final las señales de aprobación con el que fué sancionada su respectiva labor.

—

De *El Sol*

Antes de *El oro del moro* había estrenado el Sr. García Iniesta otro sainete, éste en un acto y de costumbres madrileñas, bien observado y muy equilibrado en su desarrollo. Probaba que puede continuar por el difícil camino emprendido.—*J. A.*

—

De *A B C*

El Sr. García Iniesta, distinguido redactor de *El Día*, ha hecho ya, con fortuna, varias incursiones en el campo sainetesco. *La rifa del mantón* es un cuadrito madrileño bien entonado y honradamente escrito, que se mantiene dentro de la clásica preceptiva del género y está animado por uu diálogo fácil y ocurrente.

Con mucho cariño fué interpretado por Irene Alba y los señores Romea y Perchicot, que son los que intervienen más activamente en la obrita. El público la dispensó una franca acogida, saliendo a escena dos o tres veces al finalizar la representación el señor García Iniesta, que fué el verdadero agraciado en la rifa del mantón.

—

De *La Correspondencia de España*

El estreno del sainete de costumbres madrileñas *La rifa del mantón*, fué un verdadero éxito. El asunto es gracioso, sutil, diestramente llevado, con un diálogo fácil y suelto. Su autor, D. César García Iniesta, que ya tiene cosechados aplausos en otras producciones de la misma índole, es un notable periodista, que ha sabido dar relieve a la sección de teatros de uno de los periodicos de la noche. Ayer triunfó una vez más el laborioso escritor que salió a escena a recibir los aplausos de la concurrencia.—*J. Serrán.*

—

De *España Nueva*

Después de *La Madre Quimera*, la empresa del teatro Odeón, realizando un plausible programa de variedad, ha

dado cabida en el cartel al sainete. Uno, madrileño, del señor García Iniesta, y otro, andaluz, del señor Pérez Fernández, merecieron anoche la aprobación y aplauso de los espectadores.

La rifa del mantón, así se titula el sainete del señor García Iniesta, ofrece las características de ingenio y fidelidad de observación que venimos notando en todas las producciones de este aplaudido autor, que en poco tiempo ha logrado conquistar un nombre muy estimable en los escenarios madrileños. Su nueva obra se escuchó con gran interés y se aplaudió calurosamente. El autor mereció varias veces los honores del palco escénico.

—

De *El Diario Español*

Con dos estrenos en la misma función de noche, nos sorprendió ayer la empresa del Odeón.

El primero fué un sainete en un acto, de costumbres madrileñas, titulado *La rifa del mantón,* original de D. César García Iniesta.

Está correctamente dialogada, como corresponde a un escritor de la categoría del señor Iniesta.

—

De *El Ejército Español*

A primera hora se estrenó *La rifa del mantón,* sainete de Iniesta, que fué bien recibido por el concurso.

Al final hubo aplausos para autor e intérpretes.

—

De *El Globo*

Antes de esta obra se estrenó un boceto de sainete madrileño, original del compañero en la prensa César García Iniesta, muy bien observado, bien dialogado y muy justo de color, titulado *La rifa del mantón.*

El señor García Iniesta mereció los honores del proscenio, en compañía de los intérpretes.

—

De *El Correo Español*

Un periodista madrileño, César Garcia Iniesta, ha escrito un sainete de costumbres madrileñas: *La rifa del mantón,* que anoche fué estrenado en el Odeón, con éxito franco.

El sainete reproduce escenas de la villa y corte, siguiendo los pasos de Arniches y López Silva.

—

De *La Acción*

Anoche le llegó el turno al sainete en el Odeón. Dos se estrenaron, y ambos con buena fortuna. Hablemos del primero, titulado *La rifa del mantón.*

Su autor, César García Iniesta, que en poco tiempo ha logrado cimentar una positiva fama como reportero de teatros, ha hecho, más bien que un sainete, un boceto de sainete. Si le hubiera denominado entremés, habría sido más certera la nomenclatura genérica. *La rifa del mantón* es un verdadero entremés, por las limitadas proporciones de la obrita, por su sobrio y sencillo asunto, por la premura de trazo en la pintura de los personajes. Abundan los donaires de pura cepa popular y las frases finas, recortadas y epigramáticas, que caracterizan al ingenio de los manolos contemporáneos.

El público aplaudió la obra y solicitó la presencia del autor en el proscenio.

—

De *El Día*

Dos fueron los sainetes estrenados anoche en el teatro Odeón: uno, madrileño, y otro, andaluz.

El madrileño es un acto, escrito por nuestro compañero de redacción Sr. García Iniesta, y se titula *La rifa del mantón.*

Nada más castizamente madrileño que el mantón... sea éste de felpa, de flecos o de Manila.. No se concibe a una madrileñita presumida y pinturera sin un buen mantón y sin unos relucientes zapatos de charol... Claro que me refiero a las pequeñitas mujeres del pueblo, que son las más interesantes de Madrid. . Esas que se tropiezan con nosotros todos los días a la una de la tarde y a las ocho de la noche, y van en bandadas y piando, llenas de alborozo, como los pájaros, y al oir un requiebro la bandada se agrupa y rompe en sonoras y locas carcajadas. «¡Vaya un gachó! ¡Pues no es nadie! ¡Qué barbaridad!...»

Pues bien; el Sr. García Iniesta ha confeccionado un cuadrito madrileño muy castizo y con justísimos detalles, que acusan un espíritu observador.

La Irene Alba «borda» su papel de frutera, y también el Sr. Romea estuvo muy afortunado.

El querido García Iniesta, que tuvo necesidad de salir a escena entre los intérpretes de *La rifa del mantón,* fué muy aplaudido.—*José María Carretero.*

—

De *Heraldo de Madrid*

«...—Ambas obras tuvieron el mejor éxito, lo mismo la que se ofrecía modestamente, sin pretensiones, que la de mayor importancia.

El primer estreno de la serie fué el del sainete, del redac-

tor teatral de *El Día*, nuestro querido compañero el incansable García Tostado Iniesta, *La rifa del mantón*, obra de ambiente madrileño, muy bien conservado y sentido, en la que hay tipos de indudable acierto, que nos prometen y hacen esperar mucho del señor Iniesta. Este sainete está muy bien construído y es superior a las anteriores obras de su autor.

El autor fué llamado a escena.—*A. P. L.*

—

De *La Tribuna*

Dos sainetes, estreno ambos, constituyeron el cartel de anoche en el amplio y elegante teatro de la calle de Atocha.

La primera de dichas producciones, en un acto, del señor García Iniesta, distinguido redactor de nuestro querido colega *El Día*, agradó a la concurrencia, teniendo ésta aplausos para el autor, que se presentó repetidas veces en esceua al finalizar *La rifa del mantón*.

—

De *El Mundo*

Antes que *El oro del moro* se estrenó un apunte de sainete madrileño titulado *La rifa del mantón*, original del señor Iniesta, bien hablado y justo de color, que fué aplaudido a su final.

—

De *El Parlamentario*

El sainete ha hecho su aparición en el teatro monumental de la calle de Atocha. Y si las representaciones sucesivas obtienen igual éxito e idéntica entrada que en el estreno, *La rifa del mantón* y *El oro del moro* podrán devolver a los bolsillos de la empresa los muchos billetes perdidos en todas las tentativas hechas en la temporada.

La rifa del mantón es un graciosísimo sainete, dialogado con mucho acierto, del que es autor el notable periodista señor García Iniesta.

El público celebró con grandes carcajadas los graciosos y abundantes incidentes del sainete, y reclamó insistentemente a su final la presencia del autor en el escenario.

—

De *El País*

Comenzó la función de anoche en el Odeón con el estreno de un sainete madrileño del *courrieriste* teatral de *El Día*, Sr. Iniesta, conocido ya como autor.

La rifa del mantón se titula el sainete, y en él ha derrochado Iniesta gracia y habilidad escénica, sin recurrir a los chistes manidos de ese género teatral, ni abusar del *chulapismo.* Iniesta fué llamado a escena al final de la representación, y aplaudida su obra como merecía.—*Arturo Mori.*

—

De *La Nación*

César García Iniesta. el activo reportero teatral de *El Día,* es el autor de *La rifa del mantón,* breve cuadro de costumbres populares madrileñas, que el público escuchó cariñosamente.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Amor paralelo, entremés en prosa, estrenado en el teatro Infanta Isabel de Madrid.

La Rosa tiene sus dudas o *El baile es un talismán,* sainete lírico madrileño, música del maestro Fuentes, y estrenado en el teatro de verano El Paraíso, por la compañía de Fernando Vallejo.

El Duende del Manzanares, humorada cómico-lírica, música del maestro Manuel G. Llopis, estrenada en el teatro Martín.

La rifa del mantón, sainete madrileño en un acto y en prosa, estrenado en el teatro Odeón.

Precio: UNA peseta